

Dimensión demográfica del sufrimiento¹: reflexiones éticas sobre antinatalismo en el contexto del futuro sostenible

Miguel Steiner⁽¹⁾
José Vives-Rego⁽²⁾

⁽¹⁾ Doctor en Filosofía

www.everyoneweb.es/procreacion
mischa@mailpersonal.com

⁽²⁾ Departamento de Microbiología,
Facultad de Biología,
Universidad de Barcelona.
jvives@ub.edu

Demographic Dimension of the Suffering: Ethical Reflexions on Anti-natalism in the Context of the Sustainable Future

RESUMEN: El crecimiento demográfico constituye una dificultad mayor a la hora de alcanzar un futuro sostenible. La demografía está, por otro lado, proporcionalmente vinculada al sufrimiento humano global. El control demográfico es una manera de fomentar el bienestar, de reducir el sufrimiento global y hacer más sostenible al planeta. En este trabajo se analizan desde el punto de vista ético las decisiones humanas de procrear, del control de nacimientos, la adopción y el antinatalismo.

ABSTRACT: Demographic growth is a major element that hampers the sustainable future and at the same time it is proportionally associated with the human suffering. The demographic control is a way to promote the well-being, reduce the human suffering and make our planet more sustainable. In this paper we analyze from the ethical point of view the human decisions associated with the procreation, birth control, adoption and anti-natalism.

PALABRAS-CLAVE: demografía, sufrimiento, ética, sostenibilidad, antinatalismo, adopción

KEYWORDS: demography, suffering, ethics, sustainability, anti-natalism, adoption

1. Introducción

En la actualidad se dispone de un importante conjunto de datos, evidencias y opiniones científicamente fundamentadas que indican que los recursos de nuestro planeta son insuficientes para acoger a la población humana actual en permanente crecimiento y con el modelo de consumo imperante. Dicho de otro modo, el futuro de nuestro planeta sólo podrá ser sostenible si la sociedad humana introduce cambios substanciales a nivel demográfico y del consumo promedio per cápita². Según los datos aportados por diversos autores (D. Pimentel et., 2010; P.R. Ehrlich and A.H. Ehrlich, 2013), aproximadamente el 60 % de la población mundial está mal alimentada y esa cifra está aumentando, con el consiguiente incremento de numerosas enfermedades. Si dentro de unos 100 años los combustibles fósiles se agotan, posiblemente solo será viable una población de unos 2.000 millones de habitantes a partir de las energías renovables y reduciendo de manera significativa el consumo per cápita de los recursos naturales (D. Pimentel et., 2010). A todo ello deben sumarse los conflictos éticos y ecológicos, consecuencia de los límites de acceso a la tierra, el agua y la energía, además de la producción de biocombustibles y



la apropiación de los ecosistemas por parte de la actividad económica humana (T. Gomiero et al., 2010; D. Pimentel, 2010).

La población humana está sometida a dos fuerzas motoras que interaccionan entre sí. Por una lado la dinámica malthusiana del crecimiento exponencial hasta encontrar sus propios límites (normalmente en la escasez de comida, las enfermedades y las guerras). El segundo factor lo constituyen las dinámicas darwinianas de innovación y adaptación que circunvienen los límites biológicos o culturales. Las expresiones de estas fuerzas en la sociedad humana moderna aportan el contexto para poder determinar cómo los humanos establecen sus relaciones de sostenibilidad con la Naturaleza y entre ellos mismos en un planeta finito³.

A nuestro juicio, la sostenibilidad se aprende y adquiere a través de la práctica cotidiana de estilos de vida identificados con los ciclos de la Naturaleza, que practican individuos en los que su identidad y felicidad son inmanentes a su cotidianidad (J. Bahr, 2013). En este sentido el logro de la sostenibilidad es más bien un logro cultural que una consecuencia del progreso tecnocientífico o incluso que de planteamientos políticos, es decir la sostenibilidad se sustenta en el comportamiento humano (W. Wang, 2003; J. Vives-Rego, 2008; P.R. Ehrlich and A.H. Ehrlich, 2013).

Nuestro trabajo parte por tanto de la asunción de que está razonablemente evidenciado desde el punto de vista científico, que la demografía humana a partir de un cierto nivel no es sostenible. Los motivos de ello, son que acelera la eliminación de los recursos naturales no renovables e impide la renovación de los renovables, con el consiguiente colapso o destrucción del sistema social actual y la consiguiente pérdida de vidas humanas y bienestar, además de impedir que las futuras generaciones accedan a los recursos que nosotros hemos recibido de nuestros progenitores. En consecuencia, entendemos que el autocontrol de la natalidad es un parámetro crucial y necesario para mejorar las condiciones de vida en el futuro y aspirar a un futuro sostenible.

En qué medida los planteamientos filosóficos en general y los de la ética axiológica en particular pueden contribuir al futuro sostenible, es algo que está por ver, pero en cualquier caso este tipo de reflexiones deberían estar presentes en las decisiones socio-políticas del futuro sostenible. Por tanto si partimos de la premisa de que el bienestar es bueno en sí y el descontrol demográfico implica la destrucción del

bienestar actual, se impone preguntarse cómo se desarrolla el análisis ético del control de la natalidad a nivel individual y social.

2. La sensibilidad en la naturaleza

Desde luego el ser humano es sensible, aspecto que no es equiparable con su capacidad de razonar y al que se ha dado escasa trascendencia en la Historia de la filosofía occidental. La sensibilidad, por otra parte, se resiste a una descripción física y hasta la fecha los sentimientos y las sensaciones se presentan con frecuencia como un estado mental más, al lado de la actividad inteligente. Esta sensibilidad rige en el ser humano y la intuición nos dice que también en muchas especies animales determina las pautas de conductas básicas y vitales. Todos los animales intentan evitar y reducir el sufrimiento de forma espontánea.

El mundo sensible está configurado de tal manera que evitando el dolor o la insatisfacción de sus necesidades se mantenga la vida y la reproducción. El dolor nos hace evitar golpes y quemaduras. El hambre nos obliga a ingerir los alimentos que el cuerpo necesita. Los deseos sexuales nos impulsan a una actividad que tiene como consecuencia la procreación. Podríamos decir que el sufrimiento es la *valla eléctrica* de la vida y de este modo caracterizaríamos brevemente su función biológica. Nos atrevemos a afirmar que el principio de la minimización del sufrimiento es una característica de todo comportamiento instintivo y también guía nuestras decisiones racionales, sea de forma egocéntrica, sea de forma altruista.

3. Progreso y crecimiento demográfico

Los aportes del progreso tecnocientífico han generado ilusión y optimismo, aunque debemos tener en cuenta, que ofrece un resultado ambiguo en determinados ámbitos sociales e individuales. Es de suponer que ya en tiempos del desarrollo de la agricultura hace miles de años, el incremento de los alimentos disponibles permitió la supervivencia de muchos niños hasta la edad de reproducción, es decir el aumento de la población, inicialmente muy moderado, y con ello, al mismo tiempo, el aumento de las bocas a alimentar. Probablemente esta dinámica impidió una mejora significativa de la calidad de vida y aumentó en términos absolutos el número de

las víctimas del hambre. Más recientemente hemos podido constatar, sobre todo en África, como la explosión demográfica ha puesto fin a la tradicional estabilidad demográfica tribal. Desde entonces son posibles las grandes hambrunas que en pocos años acaban con la vida de millones de personas, nivelando población y recursos y con el efecto añadido del aumento de enfermedades de alta morbilidad. La cuestión que queremos analizar aquí es si una mejora relativa y parcial de las condiciones de subsistencia y una mayor esperanza media de vida debidas al progreso, pueden hacernos sentir optimistas si nos obligan a asumir un aumento de sufrimientos para un mayor número de afectados.

En principio, la dificultad de la subsistencia ejerce una constante presión restrictiva sobre el crecimiento demográfico. El vínculo entre la presión demográfica y las dificultades de subsistencia es inevitable y nos aboca a un dilema, ya que mejores condiciones de vida generalizadas fomentaran el crecimiento demográfico, y éste, a su vez al incrementar la competencia por los recursos, empeora las condiciones de vida y nos puede llevar a situaciones restrictivas o de colapso.

Al margen de todo tipo de factores coyunturales, el aumento de la población humana ha potenciado los nubarrones de un progreso cuya relación con el bienestar en general se presenta ambigua, ya que la ciencia y la tecnología no generan por sí mismo postulados éticos, ni la historia parece encauzada hacia las utopías, pese al optimismo del espíritu revolucionario en el siglo XIX.

En este sentido, consideramos que un elemento crucial para el progreso humano verdadero, es el desarrollo de los medios y políticas para la planificación familiar y el control de natalidad. Con los medios anticonceptivos actuales podemos separar el sexo de la procreación y anular la tradicional subordinación a los procesos reproductivos impuestos por la naturaleza.

4. Demografía y sufrimiento

El punto de partida habitual a la hora de buscar respuestas a los problemas que afectan a muchos colectivos humanos suele ser una realidad ya dada de la existencia de millones de individuos vivos. Por supuesto, una perspectiva sincera y solidaria ha de distinguir entre intereses relativamente nimios y necesidades acuciantes.

Conceptualizando adecuadamente las prioridades, tenemos que reconocer que la persecución del bienestar humano es en primer lugar la reducción y prevención de sufrimiento. El pensamiento moral tradicional occidental, sin embargo, se suele referir a la felicidad como meta omnipresente, sugiriendo, al obviar la negatividad imperativa del sufrimiento, un mundo básicamente no problemático. La aspiración a ser feliz no tiene connotaciones traumáticas. Pero el sufrimiento es el factor auténticamente apremiante en la vida de los seres sensibles, y no la ausencia de felicidad o placer. La inexistencia de sensaciones agradables no es más que eso: algo que no existe. Diferente es el caso de la carencia, que es existencia positiva de padecimiento. No podemos comparar la falta de comida con la falta de placer, por ejemplo. Este punto es relevante ya que incide en la ausencia de compensación o anulación mutua entre sufrimiento y felicidad (volveremos sobre esta cuestión).

Con independencia de las propuestas ideológicas y políticas para mejorar las sociedades humanas, y sin restarles importancia alguna, creemos que debe añadirse otro factor importante: la dimensión demográfica del sufrimiento. Ya el reverendo anglicano Malthus vio una relación entre el aumento de la población y el crecimiento de la miseria, aunque desde una perspectiva que hoy requiere una ampliación y actualización. Pretendemos situar la procreación en el ámbito de una reflexión ética a la altura de nuestra capacidad de planificar la descendencia, es decir, de una responsabilidad que ya no puede escudarse en la ignorancia o la impotencia ante la fuerza de la Naturaleza. Desde que Malthus se ocupó por primera vez de la relación entre el aumento demográfico y la miseria, no parece haberse avanzado gran cosa en la elucidación teórica de la dimensión demográfica del sufrimiento y la felicidad y por tanto de sus implicaciones éticas⁴.

Si es importante combatir los problemas y minimizar sus efectos, si es importante reducir y prevenir el sufrimiento en el mundo, la renuncia a crear nuevas vidas es una medida valiosa ya que los individuos son potenciales escenarios, estadísticamente previsibles, de sufrimientos graves. La procreación de seres sensibles, vulnerables y mortales opera en contra de la prevención de lo inaceptable y de la idea de mejorar las cosas en el mundo.

“Hay mil millones de hambrientos en el mundo”⁵. Esta noticia o dato sólo es pensable en el mundo actual, que cuenta con más de 7 mil millones de seres humanos. Las personas que hoy se contabilizan como hambrientos equivalen en número a la

población mundial entera de hace dos siglos. Si no cobra fuerza una conciencia y política de control demográfico acertada, en cuatro o cinco décadas la población habrá aumentado en otro 50 % y muy probablemente el número de hambrientos o las personas que mueran de hambre se moverá en torno del doble⁶. Al hecho de padecer o morir de hambre deben sumarse los sufrimientos y muertes derivados de no disponer de agua limpia, o no tener acceso a las fuentes de energía o a los servicios sanitarios básicos. La falta de recursos ya es un hecho real, aunque varía en importante medida en función de la región y de los sectores sociales de los que hablemos. Se puede argumentar y con razón que una mejor distribución de los recursos, haría que la escasez (actual o futura) no afectase a tantos y que de ese modo, al reducir el consumo per cápita también favorecemos la sostenibilidad. Sin embargo, el factor demográfico sigue siendo esencial e inevitable, además de que hoy por hoy no se puede garantizar una mejor y más justa distribución de los recursos naturales.

El ser humano puede juzgar lo que afecta a su bienestar desde diferentes perspectivas y de acuerdo con intereses o necesidades a corto, medio o largo plazo, personales o intersubjetivas. El mundo de sus juicios tiene una fundamentación esencial en el principio de la evitación del sufrimiento, que por lo demás, emparenta el egoísmo con el altruismo. Si margino mis propias inclinaciones, lo cual, siguiendo a Kant, caracterizaría el deber moral, lo haré, sensatamente, considerando las inclinaciones de los demás. Es decir la ética también es evitación del sufrimiento.

Pese a la evidente incidencia de la población humana en el ecosistema, pese también a las cifras en constante aumento de las víctimas de problemas como el hambre o epidemias, la discusión pública sobre el control de natalidad es casi nula. Es comprensible que en el pasado la procreación humana se percibiera como un fenómeno natural prácticamente ingobernable. Hoy, sin embargo, cuando la planificación familiar resulta relativamente fácil, estamos en condiciones de plantear la procreación como un tema sometido a nuestra responsabilidad. Esto justifica el que propongamos el debate del anti-natalismo como una herramienta para reducir la dimensión demográfica del sufrimiento y favorecer la sostenibilidad al mismo tiempo.

Todos y cada uno de los problemas encuentran como caja de resonancia variable el tamaño de la población: accidentes, enfermedades, guerras, tortura, suicidios, etc. Por tanto, hablamos de un asunto de importante implicación ética.

5. Sufrimiento: aspectos cualitativos y cuantitativos

Aunque no todas las teorías éticas atribuyen, a nuestro entender, un papel prioritario o coherente al bienestar, casi ninguna prescinde del horizonte de una mal argumentada felicidad. El pensamiento de Epicuro⁷ (341 a 270 a.C.) y el utilitarismo, representado destacadamente por el liberal John Stuart Mill⁸ (1806-1867), sí son ejemplos de una identificación más decidida del bien con el placer y las sensaciones agradables, y el mal con el dolor o sufrimiento en general. No entraremos aquí en un estudio más profundo del papel de la sensibilidad en las diversas teorías éticas, puesto que se ha hecho previamente⁹. Pensamos que hay que priorizar el sufrimiento, por su carácter imperativo, antes de dejarse seducir por la promesa de la felicidad, y si hablamos de la importancia del bienestar, se ha de entender, sobre todo, como la ausencia de sufrimiento. El sufrimiento, las sensaciones desagradables en general y en mayor medida las más intensas, son lo que de manera inmediata y espontánea quieren evitar todos los seres sensibles.

Nuestra tesis es que nuestra noción del mal deriva del sufrimiento, un elemento natural fáctico que puede explicar el contra fáctico rasgo prescriptivo de la moral y la ética. ¿Podría haber mal sin sufrimiento? No podemos señalar ninguna negatividad teórica más allá de la propia experimentación del dolor u otras sensaciones desagradables. En caso contrario, lo malo equivaldría a lo indiferente. Más que del principio del placer, postulado por Sigmund Freud, consideramos que tendríamos que hablar del principio de la evitación del sufrimiento o, en contextos conflictivos, de la minimización del sufrimiento.

Se podrá objetar que en numerosas ocasiones aceptamos el sufrimiento y que su relación con el mal no se presenta de forma tan clara. Por eso destacamos también la importancia del principio del mal menor, perfectamente compatible con el principio de la evitación del sufrimiento. Un menor daño es el precio a pagar para evitar un mayor daño. En general, en un mundo conflictivo y dilemático, el principio del mal menor tiene una función práctica que va desde los tratamientos médicos dolorosos hasta el derecho coactivo punitivo.

Nuestra condición moral implica el uso de la razón y nos predispone a ciertos sacrificios en función del bien de otros. Podemos así conciliar la noción del deber moral sustentado en el procesamiento racional de nuestras experiencias y expectativas con

la orientación hacia las inclinaciones y necesidades humanas en general, incluido el autocuidado del agente moral.

Sin pretender ofrecer una clasificación elaborada, entraremos en una muy somera descripción de formas de padecer a fin de asentar mejor el concepto de sufrimiento. Se puede sufrir físicamente, de dolor, de hambre, de frío, o psíquicamente, de miedo y depresión, por ejemplo. La sensibilidad psíquica parece vinculada a la percepción de las cosas, aunque también puede verse afectada por las drogas y otras incidencias en los circuitos cerebrales. Otra clasificación interesante es la que distingue entre la incidencia directa en nuestro sentir (el dolor, por ejemplo) y, por otra parte, las carencias y la insatisfacción de las necesidades (hambre, frustración, soledad, etc.). La lista de posibles sufrimientos es, por tanto, muy larga y en parte variable en función de las características biológicas, psíquicas, culturales y sociales del individuo. Esto nos obliga a adoptar un cierto relativismo, pero siempre alejado de la indiferencia y la ignorancia dado su peso propio y su maldad intrínseca.

Podemos hablar de diversas "dimensiones" del sufrimiento: puede ser más o menos intenso, más o menos duradero, más o menos frecuente. En este escrito, por su vinculación con el problema de la sostenibilidad, nos centramos en la dimensión demográfica del sufrimiento.

Es por tanto razonable y factible pensar que una determinada situación se cobra sus víctimas en proporción al tamaño de la población en la que se dé. A más personas vivas corresponde un número mayor de afectados. Este hecho, igual que la preocupación por la sostenibilidad, debería dar estímulo, de nuevo, a un debate público internacional, cuyo antecedente acabó por diluirse en la ONU después de una corta vida en los años 1960. En aquel debate en torno al control de natalidad, uno de los argumentos más esgrimidos por los países pobres fue que no se necesitaba control de natalidad sino más desarrollo. Se trata de una falsa contraposición, que no debería cegarnos ante la masificación de la miseria, que entonces se daba con una población de unos tres 3 mil millones de personas. Hoy somos más de 7 mil millones de seres humanos vivos en el mundo y nos parece cada vez más urgente retomar la reflexión ética del asunto.

Estamos desarrollando una perspectiva parcial de la vida, se dirá, por hablar sólo de sus aspectos negativos. La vida también puede ofrecer alegría, placer y felicidad.

A este hecho recurre la voluntad optimista o conformista más inmediata. Tenemos que separar, sin embargo, nuestra actitud positiva y oportuna, de indudable sentido práctico en la vida, de la siguiente pregunta ética del procreador en el momento de decidir sobre nada menos que la existencia de una nueva persona: ¿Compensa la posibilidad de ser feliz la amenaza de sufrimiento?

Desde una perspectiva moral, la intuición nos dice que la persecución del mero placer es irrelevante y no debería tener ningún coste. Naturalmente, hay que tener en cuenta que las fuentes de placer también pueden corresponder a una necesidad, cuya satisfacción sí importa. Éste es el caso del sexo, por ejemplo. En cualquier caso, pensamos que sólo el sufrimiento es capaz de generar deber ético, que en sí mismo es un sacrificio en mayor o menor grado, cuando menos un esfuerzo.

Tenemos que señalar por tanto una total asimetría entre la aspiración a la felicidad y la evitación del sufrimiento. El utilitarismo clásico descuida, al menos en la teoría, esta asimetría, pero desde hace algún tiempo en los debates éticos se habla de un utilitarismo negativo basado en la minimización del sufrimiento antes que de la maximización de la felicidad. Aunque pudiera entenderse que ésta absorbe aquella, se trata de una diferencia ciertamente importante a la hora de abordar la procreación. Más felicidad no tiene por qué suponer menos sufrimiento, de la misma manera que más manzanas no supone menos gusanos. Rechazamos, por tanto, balances basados en la idea de la compensación y el equilibrio entre felicidad y sufrimiento.

Puede haber más víctimas o menos, pero es indudable que el número importa. No tener en cuenta el número de víctimas es desactivar toda perspectiva ética, ya que cualquier mal multiplicado sin límite podría quedar justificado sobre la base de ejemplos aislados del mal.

6. El sufrimiento como fuente de juicios valorativos

Nuestros juicios, nos señalan lo malo sin referirse propiamente al sufrimiento, al que podríamos llamar "mal radical", "mal último", "mal original" o incluso "mal metafísico", ya que las sensaciones no tienen propiedades materiales. Los juicios se refieren, comúnmente, a lo que de una u otra forma o según muchas perspectivas diferentes o parcialmente coincidentes provoca sufrimiento. Estos juicios son

complejos dado que las mismas relaciones de las cosas con el bienestar de los individuos son complejas, variables y conflictivas. Ya sabemos que juzgar y valorar es difícil, y lo es hasta tal punto que la ciencia basa su rigor en evitar los juicios de valor y por tanto no podemos aceptar un dogmatismo inflexible.

Decimos que el sufrimiento es en sí mismo inaceptable y que de su maldad intrínseca se derivan nuestras ideas del mal exterior. Es malo lo que hace daño, aunque siempre hay que tener en cuenta que las mismas cosas pueden tener unos efectos u otros y pueden ser buenas por una razón y malas por otra, como es el caso del dentista al que honramos con nuestra visita y evitamos al mismo tiempo.

Lo que de forma natural, con independencia de nuestros razonamientos morales, condiciona imperativamente nuestro comportamiento es el dolor, el sufrimiento de cualquier tipo, la sensación desagradable. Y así también se convierte en generador de deber moral desde una perspectiva colectiva. Si todo lo que reduce el padecimiento puede ser llamado "bueno", el mal menor también es bueno en este sentido relativo. Evidentemente, no tenemos aquí lo que podríamos llamar "netamente bueno" o "positivamente bueno" como la felicidad, el placer o la alegría. Es ésta, entendemos, la única perspectiva razonable en defensa del sufrimiento. El esfuerzo, el trabajo y el sacrificio pueden ser buenos por esto mismo. El castigo se puede justificar como mal menor por los efectos negativos de la impunidad.

7. La procreación, una cuestión de responsabilidad

Podemos luchar por un mundo de relaciones interhumanas más solidarias, más ajustadas a las necesidades en general. Eso parece de sentido común, y se puede considerar necesario, sin por ello caer en un optimismo ilusorio. El antinatalismo como propuesta concreta no entra en contradicción con otras propuestas y puede ayudar a reducir el peaje que se tiene que pagar mientras las soluciones imaginadas no se hagan realidad.

Pese a la evidente incidencia de la población humana en el ecosistema, pese también a las cifras en constante aumento de las víctimas de problemas como el hambre o epidemias, el sida entre ellas, la discusión pública sobre el control de natalidad es casi nula. Es comprensible que en el pasado la procreación humana se percibiera

como un fenómeno natural prácticamente ingobernable. Hoy, sin embargo, cuando la planificación familiar resulta relativamente fácil, estamos en condiciones de discutir la procreación como un tema sometido a nuestra plena responsabilidad. Esto justifica el que pongamos a debate el antinatalismo como una herramienta para reducir la dimensión demográfica del sufrimiento. La procreación es un tema ético.

Cuando hablamos de planificación familiar o control de natalidad en general, nos encontramos con algunos móviles comunes de fácil comprensión. Primero, podemos estar preocupados por lo que supone de esfuerzo para la economía familiar añadir otra persona a ser mantenida. Segundo, una visión más amplia sugerirá políticas de control en función de la sostenibilidad ecológica o de la miseria provocada por la falta de recursos. Ya sea por el interés de una adaptación a los recursos naturales efectivos y de cara a su preservación contamos con argumentos serios para defender el control demográfico de forma general, al margen de la situación personal o familiar. Todos y cada uno de los problemas de sufrimiento encuentran como caja de resonancia el tamaño de la población: accidentes, enfermedades, guerras, tortura, suicidios, etc.

La perspectiva de la dimensión demográfica del sufrimiento encuentra su complemento en la perspectiva individual de los potenciales padres. No pueden prever ni mucho menos garantizar el bienestar futuro de sus hijos que, eso sí está garantizado, llevarán la siempre problemática muerte en la mochila. Ciertamente, la suerte de los hijos no depende exclusivamente de la voluntad de sus padres, ya que está sometida a continuas amenazas y riesgos que la realidad impone. Por riesgo debemos entender una realidad estadística más que una noción despreciable ante la confianza en una normalidad deseable.

E. Brake y J. Millum (*Parenthood and Procreation*)¹⁰ diferencian entre un antinatalismo "local" y otro "global". El primero se apoyaría en la preocupación por ciertos riesgos en un caso concreto. El segundo mantendría que la procreación "siempre es un daño para aquellos llevados al mundo". Pero nuestra idea de la dimensión demográfica del sufrimiento no requiere una formulación tan exigente de la definición del antinatalismo global. Aun si aceptamos que la llegada al mundo no necesariamente conlleva una vida con sufrimientos notables, podemos sostener un antinatalismo global basado en el riesgo y la realidad estadística, ya que no podemos prever la suerte de nuestros hijos pero sí incidir estadísticamente en la prevención de casos problemáticos.

Los hijos se tienen o por falta de control de la actividad sexual o por los naturales deseos de los padres. Raras veces, por no decir nunca, los padres creen que procreando cumplen con una exigencia moral. Existe, igualmente, una opción de, por un lado, no arrojar nuevos seres humanos al mundo y, por otro, ser padres. Se trata de la adopción. Por supuesto no es lo mismo adoptar que procrear, y quienes lo confunden, muestran que nunca se han planteado seriamente la posibilidad de una reflexión ética en torno a la procreación, ya que procrear, es generar una nueva vida y una nueva muerte. No hay contradicción ni tampoco ningún vínculo necesario entre el antinatalismo y la adopción. Pero ésta puede ser un excelente punto de encuentro de los intereses de las personas que quieren ser padres y de los niños ya nacidos necesitados de padres. Habitualmente adoptan las personas que por esterilidad o incomodidad de un nuevo embarazo buscan una alternativa a una difícil o imposible paternidad biológica. El autor (M. Steiner) de estas líneas tiene el honor de haber sorprendido al psicólogo encargado de supervisar la idoneidad para la adopción con un motivo nuevo: el antinatalismo ético, que requirió de una larga discusión para, finalmente, ser aceptado como motivo respetable.

Lo catastrófico del aumento desmesurado de la población reside en la acumulación de víctimas. Hay un incremento muy notorio de desastres humanos simultáneos, cuyo reconocimiento mundial queda amortiguado, empero, por no aumentar, necesariamente, en porcentajes. La acción contraceptiva tiene varios móviles relativamente comunes, a los cuales añadimos otro no tan común. Intentamos evitar el embarazo si supone un problema físico para la mujer. Se entiende fácilmente. También podemos pensar en lo que supone de esfuerzo para la economía familiar añadir otra persona a ser mantenida, lo cual tampoco es difícil de entender. Una visión aún más amplia sugerirá políticas de planificación familiar en función de la sostenibilidad ecológica o de la miseria provocada por la falta de recursos.

Podemos añadir un móvil universal: hay que frenar la procreación de seres humanos, en tanto que son objeto y a la vez escenificación de sufrimiento. La perspectiva antinatalista es la más general y la más inmune a consideraciones coyunturales. Se apoya en una preocupación ética madura y no en intereses puntuales.

Recientemente se ha debatido (a nuestro entender insuficientemente) en ética y filosofía política sobre si existen derechos procreativos y en caso de existir como se explicitan y cuáles son sus límites. En esta línea, preguntas no menores son por

ejemplo: ¿Las relaciones paterno-filiales son de naturaleza biológica únicamente o también lo son de orden social? ¿Cuáles son límites de los derechos y responsabilidades de los padres? ¿Qué están obligados los padres a proporcionar a los hijos? ¿En qué medida la sociedad debe y puede intervenir en las relaciones paterno-filiales?

El deseo de ser padres es natural. Muchos también piensan que, una vez retado el destino en forma de un nuevo ser humano vulnerable y mortal, tendrán ocasión de revelarse como excelentes padres, al menos mientras el niño sea lo suficientemente pequeño para que la relación paternal funcione. Pero no hay excelencia moral en la generación de necesidades que nos exigen responsabilidad y un cuidado cuya efectividad siempre será incierta, por más que deseemos lo mejor para nuestros hijos. En realidad, nadie engendra hijos por motivos éticos.

Resumiendo podríamos decir que el antinatalismo, puede tener diferentes justificaciones, siendo los casos más claros cuando: i) los padres no se consideran suficientemente competentes para serlo; ii) cuando los padres consideran que el nacimiento puede ser causa de riesgos indebidos al futuro niño o adulto y iii) cuando se considera que globalmente la procreación constituye un mal para el nuevo ser o para la sociedad que lo acoge, serían los casos de la sobrepoblación y el incierto futuro sostenible.

8. La asimetría entre felicidad y sufrimiento

Queremos profundizar más sobre la evidente asimetría, entre la felicidad y el sufrimiento como determinantes del deber. Previamente conviene insistir en una separación conceptual importante. No podemos estar de acuerdo con que la felicidad sea simplemente ausencia de sufrimiento, como mantiene Schopenhauer, por ejemplo, a pesar de que con ello se resolvería el problema de la asimetría en favor de nuestra tesis; la necesidad de la ausencia de sufrimiento no tendría rival favorable a la vida. Pero términos como "alegría", "felicidad", "placer", "satisfacción", etc., hacen referencia a algo positivamente experimentado.

Una piedra no sufre, podemos decir, al tiempo que es cierto que tampoco es feliz. El estado de indiferencia no es problemático y no deberíamos contrapesar una supuesta necesidad de ser feliz con la de no sufrir. Epicuro mantiene, contradictoriamente, por un lado, que la muerte no es problemática porque

desde ella misma no puede ser sentida negativamente. Por otra parte, exige la no conformidad con la indiferencia y la búsqueda de la felicidad. A no ser que no tenga absolutamente ningún coste, no podemos ver más que una estratagema sin fundamento teórico en esta exigencia.

Hay que distinguir, además, entre dos tipos de exigencia de felicidad. Se puede mantener que la felicidad es importante para los humanos. En este caso se refuerza la argumentación en contra de la procreación. A través de ella se genera una necesidad mucho más difícil de corresponder aún a la de la ausencia de sufrimiento. ¿Qué padre puede garantizar sensatamente que su posible futuro hijo será básicamente feliz? Otra argumentación podría basarse en una felicidad necesaria desde una perspectiva externa a la vida, una necesidad metafísica. También es muy difícil de mantener. Sería una extraña necesidad extrasensible.

¿Qué problema puede haber cuando hay ausencia de placer? Carece totalmente de sentido proyectar un problema en algo que no es nada. Por decirlo de otra manera, "el pobre hijo que no tengo no puede ser feliz" es un lamento absurdo. Y muy sensatamente se diría: si algo es seguro, precisamente, es que no hay problema alguno en ello, excepto si se anteponen los intereses de los padres.

Se genera, pues, cierta confusión cuando se intenta identificar ausencia de felicidad con privación. Por privación se tiene que entender algo negativo y problemático para que sea interesante como argumento. La falta de agua de agua va acompañada de la sensación positivamente existente de la sed. Se trata de un situación típicamente negativa de la necesidad insatisfecha. Este aspecto negativo no existe en la ausencia de la felicidad en seres inexistentes, en hijos que no tenemos, como no existe, en las piedras.

Ateniéndonos a una perspectiva colectiva, hay que resaltar que la maximización demográfica de las posibilidades de felicidad no supone en absoluto la minimización del sufrimiento, del mismo modo que más manzanas no implican menos gusanos. Grandes confusiones lógicas salpican la mayoría de las teorías éticas en este punto. A cambio resultan atractivas al pasear la felicidad por sus laberintos conceptuales e ignorar el sufrimiento del otro.

Si no es necesaria la felicidad, pero es necesaria la ausencia de sufrimiento, y la condición de posibilidad esencial es la misma para ambos tipos de vivencias, la

elección se da, por un lado, entre lo innecesario (la felicidad) más lo inaceptable (el sufrimiento), en las proporciones que nos ofrece la realidad, y, por otro, la ausencia de un nuevo escenario de tanto lo uno como lo otro.

Cualquier nacimiento prevenido en cualquier parte del mundo es una apuesta por un mundo con menos sufrimiento, con un mundo globalmente mejor. No tiene ningún sentido delimitar áreas geográficas o sociales en función de alguna necesidad de control de natalidad. Éste se requiere desde una perspectiva global. El bienestar en los sitios privilegiados ni es completo ni deja de ser coyuntural. Violencia, enfermedad y agonía existen en todos los países del mundo, igual que el riesgo de guerra. Algunas voces, en los países ricos, proclaman el peligro del envejecimiento de la sociedad. Al mismo tiempo, se deja totalmente fuera de consideración el *número* de personas mayores que puedan verse afectado por el problema del envejecimiento de la sociedad y cualquier otro problema.

La validez de la renuncia a engendrar seres humanos nunca ha sido tema de debate amplio, público. La renuncia al hijo es una propuesta que se dirige a una conciencia capaz de superar las barreras psicológicas que nos mantienen en ilusiones, valoraciones más estéticas que éticas de la naturaleza o incluso creencias más o menos gratuitas que pretenden legitimar, sin más, nuestro papel de hacedores de vidas y muertes.

9. Futuro y perspectivas

Ya mucho antes del avance de los ingeniosos planteamientos relativistas modernos y postmodernos, nuestra capacidad de generar vidas humanas carecía de todo escrutinio ético. Consideramos temas que requieren una reflexión responsable no sólo la muerte, no sólo los numerosos problemas de la vida y sus riesgos, sino también su imprescindible antecedente: la llegada a través de la procreación del ser humano, a este mundo. El futuro sostenible debe pasar por la felicidad de los humanos que habiten el planeta (felicidad por ser y estar) y por tanto de una substancial reducción de los sufrimientos ocasionados por los enfrentamientos geopolíticos originados cuando la población mundial reclama acceso a los recursos naturales de modo justo y solidario.

El objetivo antinatalista es que se vayan despoblando poco a poco los centros de detención, los campos de refugiados, los hospitales y sanatorios, las zonas

catastróficas, los escenarios de guerra, etc. Es un objetivo humanitario, como lo es la lucha por los derechos humanos, y esa lucha es totalmente pacífica a través de la prevención anticonceptiva, mediante la que podemos evitar la masificación de afectados por la miseria, la violencia o cualquier cruel agonía.

Pensamos en la vida de nuestros hijos con ilusión, pero ¿hacemos bien las cuentas? ¿Pensamos en su sufrimiento y en su muerte? Dejar la vida no es, en absoluto, lo mismo que no verse arrojada a ella. Dada su radicalidad, el planteamiento antinatalista podría parecer próximo a la idea del dicho que reza “muerto el perro, se acabó la rabia”. Pero el antinatalismo no es supresión de vidas sino supresión de la supresión de vidas. Devolvemos, por tanto, la crítica al partidario de la procreación: ¿qué importancia das a la muerte que estará en la mochila de tus futuros hijos? Por supuesto, también habrá menos madres y familias con problemas y menos carga para el medio ambiente, y los beneficios alcanzarán todos los intereses menos uno: el deseo de las personas vivas adultas de tener hijos naturales.

Bibliografía

- Bahr, J. y J. Vives Rego. 2013. Identidad personal, felicidad y sostenibilidad: reflexiones desde la fenomenología (en preparación).
- Ehrlich, P.R. and A.H. Ehrlich. 2013. Can a collapse of global civilization be avoided? Proc. R. Soc. B. 280, 20122845.
- Hartmann, N. 2011. *Ética*. Editorial Encuentro, S.A. Madrid. Ver N. Hartmann 2010, págs.- 158-163.
- Gomiero, T., M. Paoletti and D. Pimentel. 2010. Biofuels: efficiency, ethics, and limits to human appropriation of ecosystem services. J. Agric. Environ. Ethics 23, 403-434.
- Mill, J.S. 1965. Essential Works of John Stuart Mill. (Incluye autobiografía.) Bantam Books. New York.
- Nekola, J. C. et al. 2013. The Malthusian–Darwinian dynamic and the trajectory of civilization. Ecology & Evolution 28, 127-130.
- Pimentel, D. et al. 2010. Human Ecology 38, 599-661.
- M. Steiner. 2012. De la felicidad y los hijos. La evolución del pensamiento ético y la dimensión demográfica de los problemas. Editorial Proteus. Canoves.
- Wang, W. 2003. Sustainability is a cultural problem. Harvard Design Magazine 18, 1-3.
- Vives-Rego, J. , S. Caschetto, J. Faraudo and D. Prior. 2008. Management options for the increasing demand of energy and water: is the problem soluble in technosciences only? AMBIO 37 (2), 134-136.

Vives Rego, J., (2010) *Los dilemas medioambientales del siglo XXI ante la Ecoética*. Editorial BUBOK (www.bubok.es).

Vives Rego, J., (2011) *¿Suicidio político o suicidio ecológico? Políticas medioambientales para el siglo XXI*. Editorial Fundamentos, Madrid.

Notas

1. El término "sufrimiento" es utilizado en este trabajo en un sentido amplio, abarcando tanto el sufrimiento físico como el psíquico y el moral, es decir cualquier tipo de padecimiento o dolor.
2. Los múltiples y complejos elementos que están en la base del aumento de la demografía y el consumo así como las posibles opciones alternativas (al menos en teoría) para alcanzar un futuro sostenible se detallan y analizan en J. Vives Rego (2010 y 2011).
3. Un análisis más completo y reciente de estas interacciones se hace en J.C. Nekola et al., 2013.
4. Esta manifestación la hacemos siendo conscientes y reconociendo las denuncias emitidas desde el club de Roma, o las que se hacen sobre la demografía (o bomba demográfica) y la huella ecológica (o "foot print").
5. Nota de prensa en "El Periódico" 11 de noviembre de 2011, reflejando datos de la FAO, entre otros.
6. Las estimaciones de la ONU apuntan a 10 mil millones de habitantes en 2062. Ver www.worldometers.info/world-population.
7. Ver Epicuro: *Carta a Meneceo*
8. Ver John Stuart Mill, 1965
9. M. Steiner, 2012. *De la felicidad y los hijos*.
10. Brake, Elizabeth and Millum, Joseph, "Parenthood and Procreation", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2012 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/spr2012/entries/parenthood/>>.